

dáctica según el ideal clasicista. Este lenguaje puede ser “traducido” a nuestra época de la siguiente forma: no quedarse en el necesario pero transitorio placer lectural, sino que se debe intentar una exégesis que eche luz sobre el (los) sentido(s) que sugiere el discurso poético.

Los dos criterios antes mencionados se materializan en forma desafortunada a lo largo del libro. El uso y abuso del empleo de las citas resulta siendo desconcertante.

En la primera sección, se aborda la presencia de Vallejo en la poesía peruana y, casi al finalizar su artículo, Chirinos asevera: “No quiero terminar el presente trabajo proponiendo conclusiones (¿en verdad las hay?), prefiero reproducir el poema de un contemporáneo suyo, el poeta Enrique Peña Barrenechea”. ¿La cita, acaso, está orientada a ocultar las limitaciones del discurso crítico? Chirinos parece dudar de las conclusiones y, por lo tanto, desconfía del rigor de las ciencias culturales. Pero la verdad es que no es suficientemente sistemático y tal vez sin darse cuenta trata de ocultar esa limitación, citando un poema, de casi *cuarenta versos*. Otro de los artículos estudia el funcionamiento del mito y la alegoría en el poema XLIV de *Trilce*. En la página 40 no se diferencia adecuadamente el psicoanálisis de Freud de la teoría analítica de Jung. Chirinos parte de un apéndice a *La interpretación de los sueños*, escrito por Otto Rank y termina con la idea junguiana (interesante, pero mal asimilada) del inconsciente colectivo.

En la segunda parte de *El techo de la ballena*, Chirinos estudia la poesía de Javier Heraud, llegando a afirmar: “Nada nos dice que, de seguir viviendo, Heraud hubiese escrito mejores (o peores) poemas, nada nos dice que quizás hubiese abandonado la poesía por la militancia política. Su futuro es una página en blanco pleno de sentido y significación. Como a Arquímoro, a Heraud se le recuerda cada cincuenta meses lunares para dimensionar su carácter mítico”. Creo pertinente preguntar cuál es la relación que existe entre Heraud y Arquímoro. El carácter mítico de éste poco o nada tiene que ver con la historicidad

de la figura de Heraud, salvo producir goce al enunciador del discurso crítico. Nuevamente, estamos en los movedizos terrenos de la arbitrariedad porque, *en este caso*, el conocimiento de los mitos no es aplicado fecundamente para el ejercicio crítico; sino que resulta francamente retórico, pues no ilumina el objeto de estudio: la poesía de Heraud,

En la tercera sección del libro aparece un texto sobre el poeta Ramón de Campoamor. Aquí observamos que Chirinos maneja de modo bastante caprichoso los datos culturales. Compara a Campoamor con Góngora, Darío y Chocano “para simbolizar lo que tantos poetas han llamado con resignado desprecio ‘la ruleta de la fama literaria’”. Luego, Chirinos dice que Gonzalez Prada compara exageradamente a Campoamor con Carducci, Tennyson y Leconte de Lisle. Posteriormente, se afirma que Darío ha merecido notables páginas de Vallejo, Huidobro, Paz y hasta del mismo Borges. No desarrolla adecuadamente ninguna de estas referencias. Multitud de datos mal organizados que muestra la amplia cultura de Chirinos, pero que desconciertan al lector, quien se pregunta cuál es la funcionalidad de tanto dato: ¿cierta arrogancia intelectual, comprensible en un crítico que ha tratinado demasiado poco en el camino?

En fin, la lectura de los artículos confirman sus dos presupuestos iniciales: arbitrariedad y distracción. Pero Chirinos debería recordar que la crítica no es un mero juego intelectual; sino un ejercicio del conocimiento y, como tal cumple una función social. El placer de leer un libro es gratificante. Mas no basta el puro goce para hacer crítica; es necesaria la sistemática acompañada del rigor.

Camilo Fernández Cozman
Universidad de San Marcos

Soledad Bianchi. *Poesía chilena (miradas, enfoques, apuntes)*. Santiago: Ediciones Documentas/ CESOC, 1990; *Viajes de ida y vuelta: poetas chilenos en Europa*. Santia-

go: Ediciones Documentas/ Ediciones Cordillera, 1992.

La profesora chilena Soledad Bianchi es una infatigable estudiosa de la poesía producida fuera de su patria con posterioridad a la caída del presidente Allende en 1973. Para quienes no tienen una idea global de la riqueza de esa poesía, pues la han visto fragmentada en distintas revistas y en algunas antologías que la recogen con ausencias notables, y en especial para los lectores chilenos que, por censura o distancia, se perdieron este filón de sus letras, los dos libros de Bianchi resultan ser de gran utilidad. El primero es un conjunto de estudios escritos en el exilio; el segundo, una antología que se ofrece cautelosamente como "un panorama".

Poesía chilena... reúne trece artículos de "mirada... comprometida con el texto y su contexto". Escritos en Francia entre 1975 y 1987, éstos, según la autora, "hablan del momento de su producción". Al juntarlos en un volumen Bianchi los ha mantenido en su forma original, por lo que el conjunto resulta ser una suerte de testimonio de parte y una visión histórica de las letras de Chile en una época penosa. No todos los ensayos tienen que ver con poetas en el exilio. Algunos se refieren a temas como la "poesía anónima de prisiones", "la poesía del sur de Chile", o la poesía de Zurita. La sección "enfoques" comprende tres estudios sobre la obra de Gabriela Mistral, uno de ellos relativo a la prosa. Lo que es común a todos estos ensayos es el proceso chileno posterior a 1973, experimentado como el generador de una lírica fragmentada y dispersa, o como el mirador crítico desde el cual las perspectivas hermenéuticas se tienden hacia valoraciones necesariamente históricas y políticas.

El conjunto es minucioso, detallista y abundante en referencias y nombres no siempre fáciles de retener. Tiene el mérito de la exhaustividad y el afán de la plenitud de campo. Eso le agradecerá la historia literaria. Pero es como si criterios antológicos se hubieran añadido al presupuesto crítico. Ciertamente los ensayos se proponen a menudo como visiones de conjunto ("La joven poesía

chilena"), pero la abundancia de referencias generacionales ocultan los sistemas poéticos o críticos que se desearía encontrar, de donde las visiones resultan sumergidas en corrientes más generales y menos caracterizadoras. Así, por ejemplo, la nueva poesía chilena se presenta dinámica y batiente, pero su descripción pormenorizada no la distingue mayormente del resto de la poesía de nuestro tiempo. Como resultado de ello, el lector obtiene una información no suficientemente cohesionada o explicada, que invita a retomar los temas y a continuarlos en sus líneas propiamente estilísticas y poéticas.

Viajes de ida y vuelta junta a 36 poetas chilenos nacidos entre 1930 y 1962. Todos han experimentado el exilio, largo o breve, con retorno o sin retorno ("de ida y vuelta"), y todos han sufrido de algún modo el trauma cultural y social que significó la dictadura de Pinochet. Tiene un prólogo claro, muy ilustrativo, que destaca el papel de las personas y los órganos que han comunicado a los poetas emigrados, y una sección que introduce agudamente, en frases de gran concisión, a los poetas antologados. La lista es amplia; los textos de cada autor son escasos (a menudo uno solo); pero el conjunto es ciertamente notable.

Estos dos libros de Bianchi constituyen, sin duda, dos contribuciones de importancia al conocimiento global de la poesía chilena post-73. Amplían y diversifican los contenidos de estudios y antologías precedentes (de O. Lara y J.A. Eppe, S. Macías, S. Muñoz, A. Skármeta y otros); y contienen juicios y valoraciones que requieren una estimación y un debate más reposados. Creemos que al margen de inconveniencias que a la autora le imponen la vivencia de las circunstancias y la pasión del momento histórico, ambos libros se ayudan entre sí para presentar una visión muy cabal de un sector importante de la literatura chilena e hispanoamericana de las últimas décadas.

Raúl Bueno
Dartmouth College